

¿Puede una civilización desencantada hacer frente al fanatismo?

Juan Arana. Universidad de Sevilla, RACMyP.

Resumen: El actual proceso de globalización ha roto el precario equilibrio de muchos estados y propiciado el entremezclamiento de poblaciones con sistemas de valores escasamente compatibles. En este proceso de integración creciente, nadie puede cuestionar la superioridad del mundo occidental desde el punto de vista de la funcionalidad económica y el progreso tecnológico. Sin embargo, es llamativa su incapacidad para exportar con éxito modelos de organización política y convivencia social, e incluso para integrar satisfactoriamente las corrientes inmigratorias que llaman a sus puertas. Se plantea la pregunta de si siguen teniendo validez los principios teóricos y prácticos que guiaron a estos países en el pasado, y si no se verán obligados a redefinir o abandonar rasgos fundamentales de su identidad cultural.

La conmoción que en todo el mundo occidental han producido los grandes atentados perpetrados en su suelo por diversas ramas del fundamentalismo islámico va más allá del lógico deseo de protegerse. No voy a tratar este asunto desde el punto de vista político ni sociológico, perspectivas quizá más convenientes, pero para las que carezco de competencia. Siguiendo una motivación que en mi caso resulta comprensible, derivaré hacia la filosofía, auxiliándome sin embargo con recursos tomados de las ciencias históricas y sociales, como por ejemplo, la técnica de los *Idealtypen* de Max Weber. Pues bien, en los fenómenos que comento llama la atención que los ciudadanos del mundo más desarrollado no solo reaccionan con sentimientos de horror y rechazo, como era de esperar, sino también con una extraña fascinación hacia la desmesura con que los terroristas suicidas toman tan a menudo la decisión de morir matando. Encuentro un lejano parentesco en la vida salvaje, donde a veces las víctimas se conducen con pasividad ante los ataques del depredador, como si hubieran sido hipnotizadas por él. Si hay algo, por otro lado, que difícilmente se negará a organizaciones como Al Qaeda o el Estado Islámico es la capacidad de inspirar en sus adherentes coraje para oponerse al mundo entero: Europa, América, Rusia, China, India, Extremo Oriente, los poderes constituidos en los propios estados de confesión islámica... Contra todos ellos arremeten a la vez, sin que parezca arredrarles lo más mínimo su manifiesta inferioridad física. Al contrario: si algo les distingue es una inquebrantable moral de victoria. Ya hubiese querido conseguir algo parecido el nacionalsocialismo cuando predicaba y exigía incansablemente fe ciega en el triunfo.

La serie de televisión *Homeland* refleja bien esta suerte de seducción que comento y no solo porque su primer protagonista sea reclutado por los terroristas a pesar de encarnar lo más selecto del espíritu de combate occidental. Los sucesivos episodios muestran con toda crudeza odiosas agresiones, a pesar de lo cual tratan con desconcertante respeto a quienes los perpetran. El sortilegio que suscita lo atroz puede explicarlo en parte. Pero hay también algo más: una admiración involuntaria hacia quienes se atienen sin concesiones a sus principios, por horror y rechazo que estos inspiren. Acaso se deba a que carecemos de valores que sean objeto de una devoción comparable: o ya no los tenemos o bien somos incapaces de hacer por ellos sacrificios parejos. En una escena crucial de la serie que comento, el jefe de la banda es capturado por los servicios de seguridad americanos y tiene un careo con su director: “Es seguro que vamos a ganar —le dice a conciencia de que para él todo ha acabado—. Que sea hoy, mañana, o dentro de cien años carece de trascendencia. No importa cuánto tardemos en conseguirlo, ni cuántos tengamos que morir, ni a cuántos tengamos que matar...” Por nuestra parte, llevamos siglos intentando cargarnos de razones y parece que solo conseguimos estar cada vez más desfondados, sin encontrar el truco para que un ideario consiga motivarnos de verdad.

Si dejamos a un lado lo que se refiere al trágico desprecio de la vida humana, la relación del occidental medio con el terrorista islámico tiene algunos rasgos de paralelismo con la que existe dentro de los Estados Unidos entre el intelectual liberal y el fundamentalista protestante partidario del creacionismo. Por más que aquel se empeñe en cantar las alabanzas de la racionalidad científica, persiste este en su incólume fidelidad al literalismo bíblico. Y no es que opte por un ciego fideísmo, sino que se atiene a una racionalidad de piñón fijo que extrae con infalible coherencia todas las consecuencias de su propia posición, un poco como los yihadistas llevan sin desmayo hasta el final su vandálico programa. El destacado físico Lee Smolin relata en este sentido una escena que de puro rocambolesca acaba resultando cómica. Durante un viaje en avión de vuelta a América desde Europa coincide con un grupo de partidarios del movimiento llamado “De la tierra joven”. Se ponen a discutir sobre la evolución, y descubre que ellos niegan que haya animales extinguidos. La controversia discurre entonces así:

- ¿Y los dinosaurios?
- ¡Los dinosaurios todavía viven y se pasean por la Tierra!
- ¡Eso es ridículo! ¿Y dónde?
- En África.
- ¿África? África está llena de gente, y los dinosaurios son muy grandes. ¿Cómo es posible que nadie haya visto uno?
- Viven en el corazón de la jungla.

—Aun así, alguien habría visto uno. [...]

—Es fácil, se pasan la mayor parte del tiempo hibernando en las cavernas.

—[...] Si las cavernas fueran tan grandes, serían fáciles de encontrar, así que se podría entrar y observarlos mientras duermen.

—Para protegerse durante la hibernación, los dinosaurios cierran las entradas de las cavernas con tierra, de manera que nadie sabe que están allí...¹

Al final, el científico comprende que sus adversarios son invencibles, simplemente porque no son capaces de percibir la inverosimilitud de los argumentos que usan. Se entiende que muchos pierdan la paciencia ante la cerrazón mental de estos creacionistas. Sin embargo contribuyen más que otros grupos a nutrir las filas de los ejércitos que pelean las guerras de su país y en parte gracias a ellos no es tan inminente allí la catástrofe demográfica que se cierne sobre Europa.

Los dos ejemplos que he puesto sobre la mesa parecen sugerir una dicotomía entre por un lado un fundamentalismo religioso, que en el fondo es irracional —aunque pueda muy bien desenvolverse con habilidad en el ámbito de las racionalidades instrumentales— y por otro el nihilismo escéptico que con frecuencia aparece como estadio final de la racionalidad moderna. La dicotomía es discutible, puesto que solo contempla los extremos del espectro ideológico como si fueran las únicas fórmulas viables a la larga. ¿Es realmente así? ¿Acaso no hay procedimientos más matizados para combinar la fe religiosa con los legítimos frutos del intelecto, o bien de profesar una doctrina laica que no se vea abocada a la pasividad e impotencia frente a las cosmovisiones salvajes? Son preguntas que, por supuesto, he de responder afirmativamente. Yo mismo soy una persona religiosa, pero en modo alguno partidaria de la intransigencia fundamentalista. Y en cuanto a la capacidad de las concepciones agnósticas o ateas para generar compromisos existenciales fuertes, ¿quién puede dudar de ello después de dos siglos de revoluciones, repletos de hombres y mujeres que lucharon a vida o muerte por la justicia, la igualdad o la libertad, en muchos casos sin el menor atisbo de trascendencia? Cada vez que voy a mi librería favorita de París y salgo por las escaleras de la estación de metro de Odeón, saludo a la estatua de Danton, que proclama con fiereza: *“Pour vaincre les ennemis de la patrie, il nous faut de l’audace, encore de l’audace et toujours de l’audace...!”* Un ligero repaso a la historia de la humanidad muestra que ni siquiera hacen falta grandes ideales para encontrar personas corrientes dispuestas a sacrificar gustosamente la vida. Se podrían espigar miles de casos. En la flota soviética de submarinos atómicos, por ejemplo, se producían averías gravísimas con preocupante frecuencia. Para efectuar reparaciones de urgencia expuestos a letales radiaciones, nunca faltaron voluntarios y, según los

¹ Lee Smolin, *Las dudas de la física en el siglo XXI. ¿Es la teoría de cuerdas un callejón sin salida?*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 60.

conocedores del tema, no lo hacían por patriotismo o ideología, sino por simple solidaridad con los compañeros de tripulación². Tengo entendido, aunque no lo he podido documentar, que cuando se ordenó abandonar el *Titanic* hubo algún tumulto en el abordaje de las lanchas, ante lo cual el capitán tomó un megáfono y apremió: “¡No olviden, señores míos, que somos británicos!” Unos cuantos caballeros abandonaron de inmediato la cubierta y se dirigieron estoicamente al bar del buque para morir con un vaso de whisky en la mano. Así pues, incluso la estética o el *fair-play* sirven a veces para inspirar el supremo gesto. Sería inacabable el recuento de hechos parecidos. Sin embargo, hay un matiz importante a dirimir. Antes cuestioné que las opciones extremas fueran las únicas alternativas *a la larga*. Esta última cláusula —“a la larga”— no ha sido tomada en cuenta hasta ahora. Para salvarla no basta que un modelo ético determinado consiga suscitar compromisos vinculantes en una cantidad mayor o menor de individuos, ni siquiera que lo haga con toda una generación. A este respecto las religiones parten con una clara ventaja, puesto que las más asentadas sobreviven fácilmente siglos y aún milenios. Que una persona articule toda la existencia (o al menos su prematuro final) en torno a un ideal, no parece insólito. Que contagie con él a todo un colectivo, incluso a una época, tampoco es excepcional. Pero que una vez superado el carisma fundacional se vaya transmitiendo y conservando de padres a hijos y de hijos a nietos un plexo de valores con fuerza suficiente para crear una identidad ético-cultural y mantenerla incólume en circunstancias difíciles y muy diferentes a las que la vieron nacer, eso es mucho menos habitual. El cristianismo superó esta prueba y se convirtió en la instancia ética dominante en los países europeos y luego en los americanos. Ese papel hegemónico fue cuestionado a raíz de la fragmentación suscitada por la reforma protestante. En aquella época ni siquiera se concebía la posibilidad de articular una ética social al margen de la religión, de manera que en los lugares donde la división de los espíritus resultaba más lacerante, como en el Reino Unido, surgió un movimiento latitudinario que trataba de transferir el liderazgo ético a una religión interconfesional³, o bien a versiones de ella despojadas de adherencias históricas y fuertemente focalizadas en lo racional⁴. La religión natural de Herbert of Cherbury y el deísmo del siglo XVIII representan los esfuerzos más notables efectuados en tal sentido. En la correspondencia entablada por el rey-filósofo

² Lev Giltsov, *La tragedia de los submarinos nucleares soviéticos*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993.

³ Así, “Un codicilo del testamento de Boyle, fechado el 22 de Julio de 1691, destinaba una suma de cincuenta libras esterlinas anuales como compensación para un Adocto teólogo [...] encargado de las siguientes tareas: en primer lugar, predicar ocho sermones al año para demostrar la religión cristiana contra notorios infieles, como ateos, teístas, paganos, hebreos y mahometanos, pero sin rebajarse a controversias entre cristianos” Paolo Casini, *El universo máquina*, Martínez Roca, Barcelona, 1971, p. 64.

⁴ Véase G.V. Lechler, *Geschichte des Englischen Deismus*, Stuttgart-Tübingen, 1841; reprint: Olms, Hildesheim, 1965.

Federico II de Prusia y d'Alembert⁵, matemático y jefe del partido filosófico francés, hay una interesante discusión acerca de las posibilidades de la religión natural para convertirse en fundamento sólido de la vida social. Ambos hombres eran adeptos al deísmo, y daban por hecho la invalidez del cristianismo tanto en su versión católica como protestante. Pero discrepaban sobre las posibilidades de sustituirlo por algo mejor⁶. En el curso de la discusión d'Alembert asume el papel de ingenuo idealista, y Federico el de maquiavélico escéptico. La conclusión de este último sobre la posibilidad de vertebrar una ética social en torno a la verdad no puede ser más pesimista:

La imperfección, tanto en moral como en física, es el carácter de este globo que habitamos, y es trabajo en balde intentar iluminarlo, y a menudo la comisión es peligrosa para los que se encargan de ella. Hay que contentarse con ser sensato para sí, si se puede serlo, y abandonar el vulgo al error, tratándole de apartar de los crímenes que perturban el orden de la sociedad⁷.

La réplica del matemático no puede ser más enternecedora ni tampoco más frágil:

El pueblo es sin duda un animal imbécil que se deja conducir a las tinieblas cuando no se le presenta nada mejor; pero ofrezcédle la verdad: si esta verdad es simple, y sobre todo, si va directa a su corazón, como la religión que propongo predicarle, no querrá otra⁸.

De hecho, aunque nuestra simpatía se ponga fácilmente del lado de d'Alembert, Federico demostró mayor clarividencia. Durante la Revolución Francesa hubo intentos muy decididos para instaurar primero una “fiesta de la naturaleza”⁹, luego un

⁵ He tratado el asunto en: Juan Arana, “La religión natural en la época de la Ilustración”, *Diálogos* (Puerto Rico), núm. 64, 1994, pp. 37-57, del que tomo algunos textos citados a continuación.

⁶ El monarca descreía abiertamente de la posibilidad de convertir la religión natural en religión popular: “No sé qué inglés, después de hacer el horóscopo de la religión cristiana, habiendo calculado su duración, ha fijado su término para el fin de este siglo. No me desagradaría ver ese espectáculo; de todos modos, me parece que eso no irá tan rápido, y que la jerarquía sostendrá sus despreciados absurdos todavía un par de siglos, tanto más cuanto que están apoyados por el entusiasmo del populacho”. Carta de Federico II a d'Alembert del 25.11.1769, *Oeuvres de Frédéric le Grand*, vol. 24, R. Decker, Berlin, 1844, p. 464. Muy al contrario de él, su amigo y confidente preconizaba unir la verdad con la eficacia y quería convertirse en profeta de la religión que profesaba: “Mi pregunta, si se puede hacer que el pueblo prescindiera de fábulas en un sistema religioso, merecería bien, Sire, ser propuesta por una Academia como la vuestra. Pienso, para mí, que siempre hay que enseñar la verdad a los hombres, y que nunca hay una ventaja real en engañarlos”. Carta de d'Alembert a Federico II del 8.12.1769. *Oeuvres complètes de d'Alembert*, Slatkine, Genève, 1962, vol. 5, p. 288.

⁷ Carta de Federico II a d'Alembert del 25.11.1769, *Oeuvres de Frédéric*, vol. 24, pp. 471-472.

⁸ Carta de d'Alembert a Federico II del 30.11.1770. *Oeuvres complètes*, vol. 5, pp. 304-305.

⁹ El 10 de agosto de 1793.

“culto a la razón” en la catedral de Nôtre Dame de París¹⁰ y, por último, un “culto al Ser supremo”¹¹, pero todo ello no puso coto a los muchos crímenes perpetrados durante el terror y sobre todo apenas resistió la prueba del tiempo, siendo restablecidos muy poco después los viejos ritos por decisión de Napoleón Bonaparte¹². El movimiento experimentó sin embargo un repunte con posterioridad a 1870, cuando el espíritu laicista de la tercera república pretendió quebrar de una vez por todas la denostada alianza entre trono y altar, y utilizó la religión natural como un expediente provisional para erosionar la proyección político-social de la iglesia establecida¹³. La figura del químico y poderoso ministro Marcelin Berthelot, acosando con manifiesta injusticia al eximio físico y prestigioso intelectual católico Pierre Duhem, puede servir como emblema de esta batalla, en la que no hubo vencedores, pero casi todos resultaron vencidos. También hubo versiones de este proceso en Alemania, donde Bismark ordenó construir en Colonia la estación central de ferrocarriles a los pies de su imponente catedral, con el fin de “situar el templo del progreso junto al templo de la reacción”. Ya se sabe que no se llevaba demasiado bien con el partido del *Zentrum*, de inspiración católica. En España el proceso se reproduciría de un modo mucho más cruento e incivil cincuenta años más tarde. Entre unos y otros dilapidaron el patrimonio ético de las naciones avanzadas, dejándolas inermes frente a ulteriores desafíos. En uno de sus celebrados escolios, el colombiano Nicolás Gómez Dávila sentencia: “Abundan los que se creen enemigos de Dios y sólo alcanzan a serlo del sacristán”¹⁴. Creo que es muy cierto, pero sería igualmente correcto si sustituyéramos en la frase la palabra “enemigo” por “amigo”.

Sea como sea, el caso es que el talante de los espíritus más representativos del fin de siglo XIX se podría resumir en “duda” e “irresolución”. El francés Huysmans, escritor primero naturalista y luego decadentista, refleja muy bien esta situación en el siguiente texto:

Un guirigay le devolvió a Saint-Sulpice; la escolanía se marchaba; iban a cerrar la iglesia. Debería haber intentado rezar, se dijo; hubiera sido mejor que soñar despierto sentado en una silla; pero ¿rezar? No me apetece; el catolicismo me fascina, su atmósfera de incienso y de cera me embriaga, merodeo a su alrededor, conmovido por sus plegarias hasta que se me saltan las lágrimas y exprimido hasta el tuétano por sus cantos y salmodias. Estoy asqueado de mi existencia, harto de mí mismo, pero ¿de ahí a llevar otra vida, hay mucho trecho! Y además... además... aunque en las capillas me sienta turbado, en cuanto salgo de ellas vuelvo a quedarme indolente y seco. En el fondo, se dijo, levantándose y siguiendo a

¹⁰ El 10 de noviembre de 1793.

¹¹ El 8 de junio de 1794.

¹² Véase Albert Mathiez, *La théophilanthropie et le culte décadaire*, Paris, Félix Alcan, 1903.

¹³ Véase Jacqueline Lagrée, *La religion naturelle*, Paris, Presses Universitaires, 1991, pp. 92-95.

¹⁴ Nicolás Gómez Dávila, *Sucesivos escolios a un texto implícito*. Barcelona, Áltera, 2002, p. 28.

las pocas personas que conducidas por el bedel se dirigían hacia la puerta, en el fondo, tengo el corazón endurecido y ahumado por las parrandas, no valgo para nada¹⁵.

No valgo para nada: esa es la conclusión, no lógica, sino existencial a la que llega este personaje, después de contemplar con inoperante melancolía la vieja fe definitivamente perdida, más por cansancio vital que por suscitar en él conflictos teóricos irresolubles. En 1993 disfruté de un año sabático en París y al dirigirme hacia la Biblioteca Nacional pasaba a diario por delante de un refinado *bistrot* que ostentaba el sugerente nombre de “*En attendant les barbares*”, “*Esperando a los bárbaros*”. Solía imaginar que tras sus opacos cristales los herederos de Huysmans, Wilde y Satie fumaban opio y apuraban vasos de *absynthe*, mientras echaban distraídas miradas a la puerta para ver si por ella asomaba Alarico con sus huestes. No sé si el local sobrevive en la actualidad; en tal caso me alegra que haya pasado inadvertido a los asesinos que irrumpieron en la sala Bataclan.

Ya es hora, no obstante, de que trate de poner orden en esta exposición, para que no se diga que me conformo con acumular divagaciones impresionistas. Diría que como resultado de la consumación y crisis de la modernidad, Occidente se ha ido expandiendo hasta confundirse sin más con el mundo desarrollado o civilizado. Pero este triunfo no le ha salido gratis, porque se diría que ha tenido que vender su alma para conseguirlo, perdido cualquier aspiración a una ética de máximos y conformado con un código de mínimos que se resume en la idea de democracia, así como en la declaración de los derechos humanos. Dicho código ha estado —quizá sigue estando— cerca de lograr el consenso necesario para seguir adelante, pero es dudoso que posea la solidez y el atractivo necesarios para soportar la presión externa y el malestar interno. Por ello muchos se preguntan si hay que cambiarlo, ampliarlo, disminuirlo o simplemente reforzarlo. El debate se abre por tanto una vez más y, aunque el repertorio de posibles salidas es variadísimo, podría ser distribuido en tres grandes opciones. La primera es dejar que las cosas sigan como están y no pretender cambiar de caballo ahora que estamos en plena carrera. Al fin y al cabo tampoco tenían aspecto de desaparecer de la noche a la mañana las economías planificadas y las autodenominadas “democracias populares”, y sin embargo eso fue lo que ocurrió. La cultura islámica ha dado repetidas muestras de insolubilidad a pesar del entremezclamiento de las poblaciones que la sustentan con el resto del mundo, pero, ¿quién nos asegura que eso seguirá así indefinidamente? Tal vez amanezca un buen día y descubramos incrédulos que el fundamentalismo islámico se ha derrumbado como en su momento hizo el muro de Berlín. Puede que sea así, pero tengo mis dudas. Tanto si sí como si no, a la confianza de los optimistas hay que sumar la indiferencia de pesimistas y

¹⁵ J.-K. Huysmans, *En camino*, cita que abre el libro: Michel Houellebecq, *Sumisión*, Barcelona, Anagrama, 2016, p. 9.

desengañados, porque aunque estos no crean en la bondad de la receta que se está aplicando, tampoco cuentan con que exista otra mejor. Frente a unos y otros están los partidarios del rearme moral, que se orientan principalmente en dos direcciones: los que defienden que solo puede conseguirse recuperando las esencias religiosas sobre las que Occidente forjó su identidad, y los que piensan que, muy al contrario, lo que hay que hacer es darles la espalda para siempre y construir sobre bases puramente seculares.

En resumidas cuentas, tres son las opciones que se presentan: Una, tratar de fundamentar la vida social sobre valores formales, como tolerancia, pluralismo y respeto mutuo, confinando los principios sustantivos en la esfera privada; dos, buscar un consenso sobre los contenidos en diálogo con la religión; tres, intentarlo excluyendo cualquier referencia religiosa. Discutir los merecimientos y virtualidades de estas tres fórmulas no es cosa pequeña, de manera que solo voy a adelantar una opinión y comentar un par de detalles. Dejemos por un instante al margen a los convencidos de que todo va bien y echemos un vistazo a los que disputan sobre cómo salir de la presente desmoralización. Aceptemos que la clave está en decidir si se hace con la religión o contra ella. Lo deseable sería que el debate se condujera civilizadamente, con argumentos y no con amenazas o descalificaciones. Por lo que se refiere al partido pro-religioso topamos con la amenaza del fundamentalismo, pero en la actualidad casi lo monopolizan los radicales islámicos, que por propia voluntad están fuera del sistema. El integrismo cristiano solo es activo en el centro y sur de los Estados Unidos, y en general tampoco se trata de gente que se dedique a cortar cabezas. En Europa pasaron los tiempos de los Calvinos y Torquemadas, y tanto los pastores como los creyentes aceptan casi sin excepción el sano principio de la libertad de conciencia. Por lo que se refiere al otro bando, no ha desaparecido ni mucho menos el odio antirreligioso, pero sus variantes más agresivas se han atenuado bastante con respecto al pasado. Es comprensible, porque muchos de los tradicionales enemigos de la religión, en el fondo solo lo eran del intervencionismo clerical. Gracias a Garibaldi y otros benefactores voluntarios o involuntarios, los líderes religiosos han perdido o renunciado al ascendiente que tenían fuera de su campo específico. Hoy en día los creyentes han superado en líneas generales la tentación de caer en el vicio del clericalismo y de su variante extrema, el teocratismo. Por eso la confrontación parte mucho más libre de hipotecas. Sin pretender ser exhaustivo, conozco algo de la literatura apologética reciente y considero que en líneas generales nadie debe sentirse ofendido por ella. También por la otra parte hay muchos ejemplos de objetividad y ponderación. Entre ellos me viene a la cabeza el libro *¿Qué es ser agnóstico?* de Enrique Tierno Galván¹⁶, donde sin injuriar a nadie esbozaba su proyecto para conseguir que

¹⁶ Madrid, Tecnos, 1982.

el hombre construya su hogar en la Tierra sin elevar los ojos al Cielo. La canción *Imagine* de John Lennon podría ser otro buen exponente de tal actitud. Por desgracia, en los últimos años la discusión se ha vuelto a envenenar por culpa del radicalismo de los así llamados *nuevos ateos*, que han desenterrado una vez más el hacha de guerra, acusando a la religión, es decir, a los que creen en ella, de todos los males que aquejan a la humanidad e incluso algunos más. Onfray, Dawkins, Sam Harris, Puente Ojea entre nosotros, son exponentes de esa hostilidad descarnada, que identifica sin matices religión con intolerancia y agresión (sexual y no sexual), como si personas como Francisco de Asís y tantos otros no hubieran existido o fueran las excepciones que confirman la regla. Hasta se han sentido obligados a calumniar o poner bajo sospecha personas como Teresa de Calcuta, probablemente el mejor pedazo de pan que ha dado de sí la Humanidad en el siglo XX. Incluso hay conjuntos de rock que eligen llamarse *Bad Religion* y cosas parecidas.

Un debate que se contamina con manifestaciones tan virulentas genera en el filósofo ganas de inhibirse y delegar en especialistas, en este caso, en psicólogos y sociólogos. Jonathan Haidt, de la Universidad de Virginia, ha escrito el trabajo “Psicología moral y la incompreensión de la religión”, donde se recogen los datos más pertinentes¹⁷. Comienza haciendo profesión de ateísmo, lo cual no le pone al abrigo de la sospecha de sesgar sus conclusiones en contra de la religión, pero sí de hacerlo a su favor. Pues bien, el dictamen que pronuncia es inequívoco:

Sin embargo, quisiera destacar algo que debería hacer reflexionar a los contractualistas: hace tiempo que los sondeos muestran que, en Estados Unidos, los creyentes en una religión son más felices, más sanos, más longevos y más generosos entre sí y para la caridad que las personas laicas. La mayor parte de estos efectos también se ha documentado en Europa. Si uno opina que la moral tiene que ver con la felicidad y el sufrimiento, entonces creo que se está obligado a examinar con más atención la forma en que viven realmente las personas religiosas y preguntarse qué es lo que hacen bien (p. 282).

Sencillamente, la mayor parte de las acusaciones de los nuevos ateos carecen de base empírica, al menos por lo que respecta a la realidad sociológica de hoy. En el plano de las interpretaciones se le pueden dar mil vueltas al asunto, pero cuando se trata de poner los pies sobre el suelo, resulta que los hechos son tozudos:

Los creyentes religiosos dan más dinero que las personas seculares a las organizaciones benéficas seculares y a sus vecinos. También les dan una mayor parte de su tiempo y de su sangre. Incluso si se excusa de la caridad a los liberales seculares porque votan a favor de prestaciones sociales gubernamentales, es realmente difícil de explicar por qué los liberales

¹⁷ Recogido en el recopilatorio: John Brockman, ed., *Mente*, Barcelona, Crítica, 2012, pp. 267-284.

seculares donan tan poca sangre. [...] Quizá los ateos tengan otras virtudes, pero en una de las medidas menos polémicas y más objetivas de comportamiento moral —a saber, dar tiempo, dinero y sangre para salvar a extraños que lo necesitan—, las personas religiosas parecen ser moralmente superiores a las seculares (p. 283).

Los ateos donan poca sangre. No deja de ser algo anecdótico, pero, a la hora de resumir en una frase lo que las ciencias positivas aportan a esta discusión, posee indudable fuerza. También tiene trascendencia desde el punto de vista de la filosofía práctica. Sin embargo yo me dedico principalmente a la filosofía teórica, y por eso para mí tiene especial importancia decidir cuál de las dos cosmovisiones resulta más plausible, la religiosa o la laica. Es una cuestión que dejo sobre la mesa y a la que tal vez intente aportar algo en el futuro. Ahora —y para acabar— comentaré de pasada otro aspecto del contencioso: ¿qué colectivo puede presumir de tener una actitud más comprometida con la verdad sin apellidos y más libre de rémoras a la hora de asumir evidencias adversas? Durante mucho tiempo se ha pensado que la ausencia de compromisos previos, en particular con una determinada iglesia o escuela doctrinal, era recomendable. No obstante, hay indicios que empiezan a cuestionarlo. Mencionaré tan solo uno que me parece relevante, aunque provenga de la literatura. Michel Houellebecq, célebre escritor francés contemporáneo, publicó el año pasado la novela *Sumisión*, que ha desencadenado un torbellino de discusiones. La ficción se sitúa en la Francia de 2022, en un escenario —ciertamente bastante verosímil— donde alcanza la presidencia de la república un partido islamista. No se trata de una facción violenta que use métodos terroristas: es completamente moderada en las formas, pero beligerante en los temas ético-sociales de fondo. Así resume su ideario el autor del libro:

La Hermandad Musulmana es un partido especial, como sabe: son indiferentes a muchos de los retos políticos habituales y, ante todo, no sitúan la economía en el centro de todo. Para ellos lo esencial es la demografía y la educación; la subpoblación que cuenta con el mejor índice de reproducción y que logra transmitir sus valores triunfa; a sus ojos es así de fácil, la economía o incluso la geopolítica no son más que cortinas de humo: quien controla a los niños controla el futuro, punto final. Así que la única cuestión capital, el único aspecto en el que no darán su brazo a torcer, es la educación de los niños¹⁸.

Y, en efecto, en cuanto alcanzan el poder sus dirigentes inician un programa de islamización educativa, protección de la familia y constricción para que la mujer asuma la procreación y el cuidado de los hijos como dedicación preferente. El orden público mejora y hasta la economía marcha mejor, desapareciendo el problema del

¹⁸ Michel Houellebecq, *Sumisión*, pp. 78-79.

paro por la drástica disminución de la concurrencia de mano de obra femenina en el mercado laboral. Por supuesto, ello comporta dar carpetazo definitivo a la igualación de los sexos y recorta muchas libertades y derechos de los ciudadanos. Lo más extraño (y ojalá sea también lo más inverosímil), es que una sociedad como la francesa acepta anestesiada todos esos cambios sin apenas reaccionar. El protagonista, típico intelectual de izquierdas, cuarentón desencantado de todo y obsesivamente preocupado con la propia dicha, traiciona su ideario y acaba contemporizando hasta el punto de hacerse musulmán para reclamar la cuota de felicidad que le corresponde en ese nuevo universo machista. ¿Cómo es posible? Él mismo lo explica sin ambages: antes de la interesada “conversión” este era su particular balance:

Sin embargo, podía sentirlo, me estaba aproximando al suicidio, sin sentir desesperación ni siquiera una tristeza particular, simplemente por una lenta degradación de la «suma total de las funciones que resisten a la muerte» de la que habla Bichat. Manifiestamente, la mera voluntad de vivir ya no me bastaba para resistir la suma de dolores y quebraderos de cabeza que jalonan la vida de un occidental medio, era incapaz de vivir por mí mismo, ¿y por quién más hubiera vivido? La humanidad no me interesaba, hasta me asqueaba, no consideraba ni remotamente a los humanos mis hermanos, y menos aún si pensaba en una fracción más restringida de la humanidad como la que constituían, por ejemplo, mis compatriotas o mis antiguos colegas¹⁹.

Consumada la defección, no busca consuelo en horizontes escatológicos: sigue siendo un hombre de la inmanencia y se contenta con la versión secular del paraíso del profeta:

Unos meses más tarde empezarían de nuevo las clases y, por supuesto, reaparecerían las alumnas: bellas, con velo y tímidas. No sabía cómo circulaban las informaciones acerca de la notoriedad de los profesores entre las alumnas, pero circulaban desde siempre, era inevitable, y no creía que las cosas hubieran cambiado significativamente. Cualquiera de esas chicas, por guapa que fuera, se sentiría feliz y orgullosa de que yo la eligiera, y honrada al compartir mi lecho. Serían dignas de ser amadas; y, por mi parte, conseguiría amarlas²⁰.

¿Absurda premonición? Deseo que así sea, pero en mi ya larga carrera académica he presenciado demasiadas veces cómo los generosos ideales de la juventud dan paso a un feroz pragmatismo egoísta en la madurez, por supuesto no sin la más o menos hábil coartada de una racionalización *ad hoc*. Diría incluso que en los últimos decenios el fenómeno se anticipa a edades cada vez más tempranas. Quiero esperar que el

¹⁹ Michel Houellebecq, *Sumisión*, p. 196.

²⁰ Michel Houellebecq, *Sumisión*, pp. 280-281.

creciente vacío moral —laico o religioso— no llegará tan lejos como para que renunciemos por completo a nuestra identidad ética.